

LA RELACIÓN ENTRE EL ADOLESCENTE PANDILLERO Y LA ESCUELA

Amparo Ardila *

“A la casa yo entro, me arreglo, pero no me quedó porque mi padrastro está allí. Mi mamá sabe que estoy trabajando, ella me ve, me pide plata y me dice: —Usted trabaja, pero ¿qué hace la plata? Yo le digo que no me han pagado y que es un problema por allá con los ingenieros; a veces alegamos pero después vuelvo y mi mamá me considera y hablamos... Así, pero no. Yo a la casa no voy, llevo tiempo que no. Hay veces que ni pasan cosas, pero ah!, para mí es igual hacer el bien que hacer el mal, porque robar es como un trabajo, ¿no?, porque se está ahí es ganando alguna cosa. Realmente uno roba para la droga, no roba para bien..., entonces uno hace la maldad completa, lo que yo hago a veces me gusta, a veces me siento mal. Las hago y después las pienso...”

“La pandilla” es un fenómeno que se ha venido acentuando en las últimas décadas en la ya larga lista de problemas colombianos de tipo social. ¿Quién no ha escuchado sobre la existencia de pandilleros? ¿Quién no ha estado afectado por las acciones que desarrollan?

El fenómeno no sólo asombra por los actos o hechos “delincuenciales” que cometen quienes las integran, sino también por los personajes que las conforman. Generalmente son jóvenes entre los 12 y 20 años; agrupados en “galladas” o “parches” en los que no siempre hay muchas reglas o normas concretas. Sencillamente los une la vecindad, la edad, la rebeldía, el “sin sentido” de sus vidas; o el RAP. Su gran placer es bailar y escuchar RAP hasta el cansancio.

Las pandillas han sido objeto de diversos estudios de tipo sociológico, político, antropológico. La policía y el ejército también

dan cuenta de los pandilleros; la prensa, la iglesia y hasta el sector educativo reconocen el problema. Otra es sin embargo la postura de la sociedad en general. Ante las pandillas, la sociedad parece indolente, se angustia por el fenómeno mismo, pero es muy poco lo que hace por solucionarlo.

En la Secretaría de Educación se reciben a diario cartas y solicitudes de traslado —inclusivo masivos— de docentes que ya no pueden trabajar en una institución porque la inseguridad no sólo alrededor de la escuela sino dentro de ella misma no garantiza el trabajo; los docentes naturalmente temen por su seguridad. Esta es otra forma manifiesta de violencia, no de la violencia sutil que se maneja en la cultura escolar, sino la violencia abierta, directa que traspasa los muros de la escuela, pero ya no de adentro hacia afuera, sino de afuera hacia adentro.

Las amenazas continuas obligaron a la Secretaría de Educación a abordar el problema de “las pandillas”, no bajo la perspectiva del miedo o del asombro, sino del análisis del papel de la escuela frente a esta realidad. Se inició entonces, un apasionante recorrido por el mundo de las “galladas”, de los “parches” de la calle, de los patios, de los indigentes para observar ese mundo aparentemente conocido. Acercarse al mundo de los “parches” no fue fácil.

Las condiciones económicas, sociales, culturales y psicológicas de los integrantes de las pandillas dicen mucho de la situación que han vivido y de sus perspectivas hacia el presente y el futuro. Una de las pandillas más temidas en el sector noroccidental denominada “*Los Pequeños Angelitos*” asistió a un primer encuentro en el barrio Verbenal. Eran aproximadamente 15 jóvenes, el menor tenía 12 años y el mayor 17. Con una gran naturalidad se presentaron; Gomelo, Sandra, Javier, Alberto, Ruth, Janeth, Pedro. Del grupo, apenas tres estudiaban en colegios nocturnos, los demás habían desertado del sistema educativo. Gilberto un joven de 14 años, muy delgado, contaba que había asistido a la escuela hasta tercero de primaria, que se había retirado porque su mamá había

muerto y su papá era alcohólico y nunca se preocupó por él. Ahora comparte todo el tiempo con el parche y sí le gustaría volver a estudiar. Por su parte, el Gomelo, comentó que él había cursado hasta octavo, pero que en el colegio lo molestaban mucho y que por eso había resuelto retirarse, o mejor dicho “*ya no me aguantaron más*”.

Es que los profes no lo entienden a uno, sólo les importa rajar y rajar y uno va también a divertirse.

En general ellos quieren volver a estudiar,

“Lo que pasa es que en los colegios joden mucho, por nada lo suspenden, entonces así no se puede”

“Nosotros lo único que queremos es pasarla bien. Es cierto que tenemos vicios y que a veces robamos para el vicio pero es más cruel que a uno lo maten sin ni siquiera preguntarle nada de la vida de uno”.

Casi todos estos muchachos viven con su familia, papá o mamá, padrastros o madrastras, hermanas; a pesar de que las relaciones con ellos en ocasiones no son buenas, dicen querer a la familia aún quejándose de las actitudes de algunos de los padres:

“Si yo no llego antes de las 10 p.m. me jodí. Tengo que dormir en la calle. Me cierran la puerta y por más que golpée no abren. Entonces me toca tirar calle. Claro que el día que uno se queda en la calle es chévere, porque otro de la gallada lo acompaña, a veces nos reunimos dos o tres y es ahí cuando aprovechamos para hacer cosas o trabarnos. Total al otro día o a los dos o tres días otra vez a la casa. En la casa no saben de nuestras andanzas”.

“Me salí, porque el estudio no sirve, uno pierde mucho tiempo, lo que le enseñan a uno ¿para qué?”

“Sí, sí deben existir colegios, pero que no enseñen lo que enseñan, deben enseñar a trabajar, cosas que a uno le sirvan, electricidad, mecánica, cosas así”.

A este joven también le gustaría volver a estudiar pero no en el colegio del barrio, ahí no lo quieren, de ahí lo habían expulsado. El estudio identificó que los jóvenes de pandilla o del parche no tienen normas previamente establecidas. Valoran la amistad, se colaboran; los adolescentes creen fuertemente en la lealtad, pero no tienen sanciones o castigos por faltas entre ellos:

“Mire, cuando un man falla, se abre. Por ahora nosotros no tenemos problemas de sapos ni nada de eso. Todos somos bien con todos”

Estos jóvenes tienen una imagen negativa de la escuela; no creen en lo que allí se aprende, pero, sin embargo, todos quieren estudiar. Desean un colegio sin tantos castigos, que los profesores los dejen ser libres. Ellos no quieren que les hagan cortar el pelo, o que por el contrario no los dejen ser “cabezas rapadas”; sienten que los profesores siempre deciden por sus vidas. Entonces sugieren que si se va a hablar de un nuevo colegio, no debe ser tan “cositero”.

EL PARCHE MI FAMILIA

Entre los jóvenes de la pandilla existe un alto grado de afinidad “familiar”. El parche significa para el muchacho la posibilidad de encontrar el afecto y el amor que por lo general no encuentra entre sus hermanos o padres. Los amigos del parche se convierten en la fortaleza del pandillero. Desde que se hacen parte del grupo, muchas cosas, inclusive su personalidad habitual, se transforman. Usan tatuajes que los identifican. Es raro encontrar una pandilla que de antemano no se caracterice por una marca o tatuaje en los brazos, pecho o espalda, que además son exhibidos con gran orgullo. El corte de pelo también se hace común entre ellos. El estilo del peluqueado es parte también de su nueva identidad. También los une el vocabulario. Pareciera que construyen un léxico propio de la pandilla, un lenguaje que no sólo los identifica como grupo, sino que en ocasiones sólo entienden ellos. De

alguna manera se “cierran al mundo exterior”, no dejan que los de afuera entiendan sus mensajes.

La presencia de cada uno es importante en el grupo. Un joven que es parte del parche, ya no vuelve a estar solo, siempre tiene a alguien del grupo que lo acompañe. Tienen sitios específicos de reunión: el parque, la esquina, la tienda, el potrero, el tronco, en fin, un lugar abierto, en presencia de todos, en situación “retadora” con respecto a la comunidad. En grupo se sienten no solamente seguros, sino absolutamente dueños de todo y de todos. Manejan el espacio a su libre albedrío. Los momentos en que se reúne la “gallada” son los más importantes para el “parche”. Consumen drogas, aspiran pegante y se reparten el botín del día. El joven del parche no actúa solo en actos delictivos, siempre lo hace en compañía.

“El parche es algo donde nos une la amistad, se tiene la misma manera de pensar”,

Solamente robando pueden tener las cosas que quieren y después no pueden salir del mundo que han construido con la pandilla.

“El parche es un grupo de muchachos de la calle rechazados por la sociedad donde al reunirnos compartimos relatos de lo que nos ha sucedido durante el día, compartimos sobras de comida, alegrías y vicios. Pero la gente nos ve como monstruos o únicamente como basura, pero no saben que llegamos a estos puntos porque tenemos problemas, porque nos sentimos solos, sin apoyo de nadie, ni del gobierno que nos ve como una plaga y siempre trata de destruirnos, lo mismo la policía que nos maltrata y muchas veces nos elimina. Queremos que la sociedad sepa que nosotros no somos basura, sino seres humanos que sentimos como ustedes, que nos comprendan y nos ayuden”(24).

En las relaciones que se establece con la pandilla no se imponen reglas que atenten contra el mismo joven. En todo el

recorrido con las pandillas de Bogotá nos extrañaba que generalmente dijeran que no había pautas concretas de comportamiento y de exigencia. Sin embargo, creíamos que entre los pandilleros sí había reglas y además reglas severas que garantizaban la estabilidad del grupo.



Otra razón por la que el parche se convierte en la familia del pandillero es que allí puede tener aventuras y puede retar a los otros; realmente es en este ambiente en donde se relacionan los jóvenes pandilleros. Consideran a la pandilla como a su familia. Aunque quieran a su progenitora, reconocen en sus ñeros el verdadero sentido de familia. Sus parientes los dejan solos, los ñeros no. En sus casas les ponen reglas y horarios, el grupo no. La escuela es autoritaria y normativa, el grupo no. La familia y la escuela los maltratan, su parche no: ni la familia ni la escuela les brindan amor, el parche sí. Se muestran leales con todos los miembros de la pandilla; la lealtad es uno de los valores más significativos de los ñeros. Los lazos afectivos son tan fuertes que la ausencia de alguno de ellos es sentida y lamentada por todos.

LA CALLE ES CHEVERE

La calle tiene una mágica atracción para el pandillero. Sin lugar a dudas, la calle significa la posibilidad de encontrarse auténticamente libre. La posibilidad de no encontrar muros ni límites. Por eso la calle es el punto de encuentro de los pandilleros. No es común encontrar a la pandilla localizada en un sitio encerrado. Pareciera que los “muros” los asfixiaran, por eso el sitio ideal es la calle, allí aprenden a sobrevivir:

“Mire a uno en la calle le toca aprender de todo, pero lo más importante: uno aprende a defenderse. Pero eso sí, nos ha tocado matar a algunos más grandes que nosotros, son cuchos.

Los del parche son sólo muchachos, los mayores son el Mico y Calavera que tienen 23 y 25 años, los más pequeños somos yo y Petete. Nosotros tenemos diferentes armas, la más común es la "patecabra", nosotros no cargamos pistolas, los grandes sí. Nosotros siempre andamos en galladas, por ahí de 30 o 40. "

LA CULTURA DE LA CALLE

Los jóvenes pandilleros, evocan la calle como el sitio más importante de su existencia. En la calle aprender no sólo a vivir, sino a sobrevivir. Pero sin embargo, aceptan que la calle es violenta. Por eso para andar en la calle se debe "aprender" a vivir con las condiciones que ella impone. Si hay un lugar donde se debe aprender a manejar la violencia es justamente allí. El ambiente generalmente es violento, hay peleas, robos, atracos, enfermedades, riqueza y pobreza, bienestar y malestar, alegrías y tristezas. En la calle se vive y se muere.

"La calle no es para todos, hay muchachos que no aguantan el frío. Lo que pasa es que uno tiene que estar preparado para todo. Por eso cuando nos quedamos a parchar en la noche, buscamos un "cambuche" y entre todos nos damos calor. Uno en la calle aprende también a respetar. Es verdad que en gallada causamos una especie de terror, y si no fuera así, ya no estaríamos contando el cuento. O uno se da a respetar o no hay caso".

Y es justamente en la calle donde está el escenario más propicio para la violencia. Allí se atraca, se viola, se persigue, se consume droga. En la calle se reproduce diariamente la realidad de la vida colombiana, se hace evidente la pobreza de millones de colombianos, frente a la opulencia y riqueza de un puñado, también de colombianos. En la calle se evidencia el desorden de la ciudad.

Y este es el mejor espacio para los jóvenes de la pandilla que aprovechan la congestión y el afán de las gentes para "caer" atracar, robar y hasta violar.

QUEREMOS ESTUDIAR PERO ... NO EN LA ESCUELA

Diariamente a la Secretaría de Educación llegan quejas de docentes y comunidades educativas por los actos de vandalismo que cometen las pandillas contra la escuela. Los maestros y estudiantes son víctimas de robos, amenazas y agresiones físicas de jóvenes que han desertado del sistema escolar.

Desde luego el problema es mucho más profundo de lo que los mismos docentes describen en sus peticiones de traslado. Ellos indiscutiblemente buscan su protección, pues además de cumplir con una penosa labor en lugares inhóspitos, se ven envueltos en una serie de situaciones que les genera miedo y temor por sus vidas.

LA ESCUELA QUE VIVIMOS

Cuesta trabajo reconocer que los jóvenes que a diario agreden no sólo a la escuela sino a la sociedad en general, hayan estado alguna vez escolarizados. Se supone que la escuela tiene entre sus objetivos principales “formar ciudadanos de bien, capaces de producir y de engrandecer día a día a la patria”, pero, ¿qué pasa en las instituciones educativas que por lo menos con estos jóvenes no han logrado cumplir con tan noble misión?

Responder a este interrogante no es tarea fácil, cuando es evidente que la escuela tiene una serie de limitaciones que no le permiten a los maestros cumplir cabalmente con ella. Desde luego la sociedad contribuye sin duda a que el problema sea más serio de lo que parece. Las condiciones que viven los niños en la escuela no son las mejores: los edificios son desagradables; son frías, oscuras, desordenadas, sucias, con baños dañados, con vidrios rotos etc.

“Lo que pasa es que a uno le enseñan cosas que casi no sirven. Hay unas materias que uno por lo general no pasa ni tirando

las cartas, como español, inglés, matemáticas, biología y por esas materias uno se queda en sexto y en séptimo. Fíjese que casi todos nosotros apenas cursamos hasta esos cursos. Es que acá las cosas son bien difíciles. Uno sin cuadernos, sin libros, muchas veces sin desayuno o sin almuerzo, con otras cosas en la cabeza; y cuando llega al colegio, los profesores sólo piden lo que ellos creen que tienen que pedir o sea: presentación, que todos vayan uniformados, la misma camisa, el mismo pantalón, los mismos zapatos y hasta el mismo peluquiado. No que va... Desde que uno entra al colegio empieza a sentir que entró a un problema. Otra cosa por la que los maestros se preocupaban era por cerrar la puerta a una hora determinada, entonces era increíble lo que uno hacía para poder entrar, a veces nos metíamos a la fuerza saltando las paredes. Pero lo peor de todo es el genio de algunos maestros, unos llegan con una cara de amargados. Claro que hay otros que son chéveres, no le joden a uno tanto la vida. Esos maestros si pagan, con ellos uno si quiere estar en el colegio, pero realmente hay más amargados que buenas personas”.

Cuando los jóvenes empiezan a recordar su paso por el colegio, se nota en su mirada una huella de tristeza, es como si quisieran tener almacenados en su memoria momentos inolvidables, un tesoro que hubiera que proteger contra toda adversidad.